

1^{er} Concurso de Relatos Breves
“Lo bueno si *breve*”

Universidad Popular de Zaragoza
2006



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

ÁREA DE EDUCACIÓN Y ACCIÓN SOCIAL

PATRONATO MUNICIPAL DE EDUCACIÓN Y BIBLIOTECAS

Coordinación: Gerardo Alonso

Maquetación: Nieves Martínez-Losa

Diseño cubierta: Carlos Ladrero

Edita: Universidad Popular de Zaragoza (Patronato Municipal de Educación y Bibliotecas)

Depósito Legal: Z-1862-06

Imprime: Delaluz, S.L.

Siempre es un buen momento para escribir.

La creación, tanto literaria como de otro arte diferente, ayuda a vivir. Pensar, recordar, sentir, llegar a plasmar en unas palabras aquello que antes era sólo nuestro, es ser un poco más.

Escribir un relato para “Lo bueno si breve” entraña, además, la dificultad de la concisión, que obliga a elegir con cuidado la palabra más llena de contenido.

Este grupo, las miles de personas que cada año vivimos la Universidad Popular: participantes, monitores, personal técnico y de administración, gestores y políticos, hacemos posible el milagro del aprendizaje a lo largo de la vida.

Todos sabemos que siempre es un buen momento para estudiar, para progresar, para empezar un nuevo camino de aprendizaje, desarrollar capacidades ignoradas o hacer nuevos amigos.

Relatos breves, reflejo de una idea, sentimiento o impresión.

Desde la Concejalía de Educación quiero dar la enhorabuena a los participantes, por haberse decidido a hacer este esfuerzo creativo, a desinhibir su voz, y animar a los que aún no escriben a iniciarse en el apasionante mundo de la expresión por la palabra.

Concha Nasarre Sarmiento

Concejala Delegada de Educación y Consumo

Comenzaré esta introducción confesando que sentí una gran alegría, cuando me propusieron formar parte del jurado de esta Primera Edición del Concurso de Relatos “Lo bueno, si breve...” convocado por la Universidad Popular, e integrado por D. Pedro Gómez Cornejo, D^a Brígida Artal, D. Juan José Villalba, D^a Amalia Herrerías, D. Gerardo Alonso Ginovés y quien escribe estas líneas, D^a Carmen Santos. Siempre es un honor colaborar con una institución, que nos da a adultos de todas las edades la oportunidad de completar nuestra formación en las materias más variadas.

Mientras leí los relatos, disfruté mucho con cada uno de estos pedacitos de alma reflejados en una página de tamaño A4. Porque como escritora, sé que cuando nos decidimos a contar una historia, ya sea autobiográfica o no, siempre queda atrapada en ella una parte de nuestro ser, de nuestra esencia. Y la esencia que contenían estas narraciones era succulenta. Todas tenían algo que las hacía únicas, ya fuera su estilo literario, la trama elegida o la originalidad del planteamiento. Hubo cuentos intimistas, cuentos humorísticos, otros con un toque costumbrista, algunos con final sorpresa, y muchos de gran calidad. Eso hizo que la selección de los ganadores nos resultara francamente difícil. Durante la deliberación definitiva, en la que cada miembro expuso los trabajos que creía merecedores de ser destacadas y el porqué de su decisión, al fin decidimos por unanimidad premiar los siguientes relatos:

El Primer Premio fue para “Suministros Poéticos” de D. Ángel Hernández Mostejo, una historia algo surrealista sobre la creación poética, de toque muy irónico y escrita en forma de diálogo trepidante, lo que le confiere una gran originalidad.

El Segundo Premio le correspondió a “Qué rico el abuelo” de D. Francisco Pérez Giner. Se trata de una narración de final sorprendente que transmite una sutil denuncia ecologista, tan de actualidad en estos días de atropello constante de la naturaleza.

Por último, fue merecedora del Accésit D^a M^a Carmen Guillén Sadete por su relato “El timbre sonó de nuevo”, una ágil historia con grandes dosis de humor e ironía, que destaca la belleza interior frente a esa otra tan superficial que es la del cuerpo.

Aparte de los trabajos premiados, reunimos en una selección otros cuentos que sobresalieron por su calidad literaria, el modo singular de enfocar la narración, la originalidad de la trama o los valores éticos transmitidos. Y todos ellos los podrán degustar ustedes en esta publicación, gracias a un concurso nacido del afán de estimular la creación literaria y a la entusiasta participación de más de setenta autores y autoras.

Les deseo que disfruten de estas veintidós gotas de esencia literaria tanto como lo hicimos los miembros del jurado.

Carmen Santos Sacristán

Escritora

SUMINISTROS POÉTICOS

-Buenos días. Sería mi deseo adquirir una luna que rielara con una calidad acorde a mi obra.

-Usted dirá, caballero. ¿Para qué la quiere? ¿Para poesía romántica, clásica, generación del 27, surrealista, vanguardia...?

-Mí mente está inmersa en un piélago de dudas. ¡Hierven en mí tantas sensaciones!

-Mire, no se preocupe. Yo le voy enseñando y así se podrá ir haciendo una idea.

-Escúcheme, esa argétea de la vitrina ¿está su rielar a la altura de su belleza?

-Hombre, ¡qué quiere que le diga! Dentro de un tipo medio no rielar mal. Las vamos vendiendo, sobre todo para poetas principiantes, aunque, si me permite aconsejarle, es preferible gastarse algo más y elegir una luna de un buen rielaje para toda la vida. Mire este otro modelo. Dos años de garantía. Le rielar a usted igual en un soneto que en un alejandrino monorrímo. Le sirve hasta para verso libre. No le digo más,

-Hum. No sé si encajará con mi musa, ¡Es tan veleidosa, etérea e inmisericorde!

-El cliente manda. Aquí tiene un modelo fabricado en China que rielar algo amarillento, pero tiene la ventaja de que es plegable y lo puede llevar uno encima, por si la inspiración le coge a uno fuera de casa. Va con las pilas incluidas y las instrucciones en sueco y ruso.

-No sé si el escaso dinero que poseo me permitirá su adquisición. El euro ha desequilibrado mi economía, además de negarse a rimar con algo. La humilde y preferida peseta permitía ser emparejada con, entre otras, Creta, cometa, asceta, servilleta, esteta e incluso poeta, sin ir más lejos. ¿No tiene algún modelo que se ajuste a mi ínfimo peculio?

-Mire, ya habrá que ir a uno de segunda mano. Precisamente tenemos una ganga que procede de un poeta que ha llegado a la fama y no quiere más lunas rielantes. Esta luna ha rielado todo lo rielable y el precio está muy ajustado. Algo desgastada está, claro, pero...

-No me muestre más. Adquiriré esta y ya la cambiaré si algún día la diosa Fortuna hace que mi astro vaya viento en popa a toda vela. Por cierto, mí obnubilación hacía que se me olvidara mi necesidad de una lona en la que gimar el viento y un mapa que muestre Asia a un lado, al otro Europa y allá a su frente Estambul. ¡Ah, la poesía!

ÁNGEL HERNÁNDEZ MOSTAJO

1^{er} PREMIO

"¡QUÉ RICO EL ABUELO!"

No sólo yo, ni sólo los niños. Yo creo que todos los de la familia, por primera vez reunidos desde hace tanto tiempo, hemos disfrutado a lo grande de la fiesta.

En primer lugar, seamos sinceros, por tener comida en abundancia. Una gran comilona es en sí misma una fiesta, para todos los que vivimos en medio de estrecheces y penurias, sin tener asegurada comida suficiente para el día a día. Y además de abundante (incluso su madre comió mucho), la comida era de carne, producto que ya teníamos casi olvidado desde que la peste acabó con la posibilidad de criar animales en el corral,

Pero, además, era una fiesta estar en aquel ambiente: todos los familiares reunidos, incluso los que habían venido a propósito para esta ocasión, trayendo nuevas historias y anécdotas, referencias de cómo se vive en la ciudad, noticias de otras tierras que a mí y a mis compañeros de casa, nos resultaban desconocidas y pero estimulaban nuestra siempre inquieta imaginación. Daba gusto ver a mi hermano mayor, haciendo sus primeros pinitos de adulto, hablando con sus tíos de cosas de mayores, como si dijéramos "de hombre a hombre".

Hasta mi hermana, tan rarita ella siempre desde hace un tiempo, parecía de pronto volver a ser como cuando éramos niños, y hablaba y jugaba con todos, aunque a ratos reía y al poco se ponía seria y como negociando secretos con alguno de los recién llegados, sobre todo con la tonta de la prima, que son tal para cual y se pasaron largas horas hablando sin parar como si no se pudiera hacer otra cosa que hablar y hablar. Y yo disfruté con los primos de fuera, que son de mi edad, corriendo para enseñarles todo, sobre todo a subir a los árboles, y aprendiendo muchas cosas distintas, que ellos me contaban o que sabían hacer.

Parecía habérsenos despertado aún más de lo habitual la idea de que hay que vivir deprisa, que hay que aprovechar esta vida que tenemos y que no sabemos lo que durará. Era como si la buena comida, con carne, nos diera energías para vivir con alegría y con fuerza, a toda marcha; corriendo para adelante, para aprovechar lo que tenemos, que es mucho y maravilloso. Y aprovecharlo ahora que es cuando lo tenemos. Y lo más curioso es que mi primo me contó que, allá donde él vive, a nosotros nos llaman salvajes. Ellos. Con las energías que derrochan, ¡Que tristeza la de aquellos salvajes que prefieren entregar a los muertos sus gusanos, o simplemente, quemarlos!. ¡Qué rico el abuelo! Todos nos sentimos muy, muy unidos al Patriarca de la familia, cuyo funeral sirvió para reforzar nuestras vidas y nuestra unión familiar.

FRANCISCO PÉREZ GINER

2º Premio

EL TIMBRE SONÓ DE NUEVO....

Sonó el timbre. Unos pasos al fondo de la casa comenzaron a tomar fuerza y velocidad. -¡Voy!

De repente, un ruido enorme y luego, seguidamente, un silencio sepulcral. Por la puerta del salón apareció Mimí, la gata de angora que ya estaba harta de husmear por cada rincón de la casa y que incluso sabía donde podía encontrar un amigo por insignificante que éste fuera. Recorrió la gatita la zona, se subió por algo blandito que luego descubrió que era la barriga de su dueña, Mónica se encontraba literalmente sepultada bajo la vajilla de porcelana que trasladaba al comedor ya que estaba preparando la mesa para recibir la visita de su amiga Enriqueta y su flamante nuevo marido Augusto. El timbre sonó de nuevo. Mónica comenzó a moverse, se quitó un par de platos de la entrepuerta y la bandeja salió rodando cuando se incorporó. Un par de palabrotas salieron por su boca y seguidamente exclamó:

- Me cago en Enriqueta en el cursi de su marido y en la puñetera madre que los... sonó el timbre.- ¡Voy porras!- dijo Mónica.

Su enmarañado pelo cayó sobre sus ojos, abrió la puerta y apareció él. No lo podía creer, tanto tiempo...tantas sesiones de peluquería, tantas noches esperando y ahora estaba ahí, delante de ella, el amor de su vida, viéndola así, hecha un adefesio, recién salida de los escombros y con el corazón más hecho polvo que la bandeja de Santa Clara que se acababa de cargar. De pronto sintió su alma: ya no tenía el borde dorado sino rojo, rojo de ira.

Estaba enfadada con la vida, con su vida. No comprendía que tantos años de cuidados personales y de culto al cuerpo pudieran terminar así mostrándola tal cual era ante su amor, ante la persona que idolatraba, ante el dueño de sus sueños...

Un trozo de plato de postre que salía por su escote logró tomar tierra y estalló a sus pies.

-¿Estás bien? ¿Puedo pasar? – Preguntó Jorge

Ella se apartó y afirmó con la cabeza. Mimí apareció al fondo y al ver al desconocido dio media vuelta con aire señorial y enseñando su trasero gatuno, elegante, femenino sin palabras les dijo adiós.... La mujer invitó a Jorge a tomar asiento, cada uno eligió un sofá y a bocajarro él exclamó:

- Acabo de conocer a la mujer de mi vida.

Mónica miró a su espalda por si no había visto entrar a la señora.

- Querida -dijo Jorge- de repente, te he descubierto tal y como eres. Sin rimel ni mascaritas que oculten tu verdadera belleza que desde luego no está en el exterior. He visto en tu mirada amor y fuego y quiero arder contigo.

Mónica cerró los ojos, respiró hondo y a su mente vino la frase que últimamente más se repetía cuando algún hombre se le acercaba. ¡Otro gilipollas!

M^a CARMEN GUILLEN SALE

ACCÉSIT

QUÉ LARGA ESPERA

Nadie podría entender que el traqueteo de la vieja tartana, esta mañana, fuese más un ronroneo plácido, un deleite añorado que una incomodidad. Con la misma avidez, mi memoria deseaba volver a escuchar los sonidos perezosos de las ruedas sobre el suelo: sordos y acompasados como los latidos de un corazón. El olor a heno que desprendía la caballería, el crujir de la madera y los cascos del animal, sabios y conocedores del camino, convertían aquel trayecto desde la estación en una especie de cuenta atrás: cada árbol, cada piedra, cada curva, me iban haciendo más niña más pequeña, "...¡Déjame el pelo suelto mamá! ¡Ninguna de mis amigas lleva coletas, parezco una cría!" -De qué buena gana se reía ella-. "¡Pero si tienes siete años!" -respondía-. "Me da igual, Alfredo va diciendo que le gustan las mayores". -Y aún se reía con más ganas. Nunca supo cuánto la eché de menos en el Internado.

Si no hubiera muerto mi padre... No fui realmente consciente de su muerte hasta que mamá me anunció que se casaba otra vez.

"Mira Susanita, hemos pensado que te conviene ir a un internado maravilloso donde te enseñaran incluso inglés". -Me dijeron después de la boda.

Cómo me acuerdo de la primera vez que regresé a casa. Mi habitación había sido acondicionada para mi nuevo hermano.

"Mira Susanita, te hemos trasladado al desván: allí estarás más a gusto". Mi alegría de volver aunque sólo fuese para el verano, me impidió incluso iniciar una protesta. Ese fue mi lugar en la familia a partir de entonces.

Qué poco imaginaba aquella otra mañana de qué forma iba a cambiar mi vida. De vuelta al Internado le dije a Julián que parase un instante el carruaje. (En los días de verano como hoy, solía pasear sola por estos mismos caminos). Quise oler, otra vez, la fragancia de las rosas silvestres, y ver cómo los sauces alargaban sus ramas hasta la orilla del río. Advertí su presencia cuando pegó su cuerpo al mío. Me abrazó por la espalda y sentí el fluir de la sangre. Temblé entre sus brazos de cobre, en su piel aspiré las esencias de las flores. Deslizó una mano por mi hombro, dejando caer, primero un tirante y después el otro, me acarició después lentamente hasta besarme en los labios. Fui su amante con sólo trece años.

- No has venido en todo este tiempo, -le reproché volviéndome hacia él. Ahora que lo veo otra vez tan cerca, cómo se van mis sentidos: Las alas de las mariposas en las puntas de sus dedos, ¡qué despacio pasan los árboles, sin ruido y qué serena va ¡la *Chata!* Desde aquí oigo el chorro de la fuente cercana al río.

"¡No puedo verte así!" -me dijo aquel día-. Después todo fue muy rápido. "¿Se declara culpable?" -me preguntó el Juez-, "¡Sí, Señoría!" -le contesté.

-Ya sabes por qué no he ido a verte Susana, nadie nos tenía que relacionar. Acuérdate: Ama y criado. En eso quedamos.

-Ya lo sé, Julián, estos años, en el Centro Tutelar no han sido tan malos, me trataron casi como en el Internado, contigo, el Tribunal hubiera sido inflexible. Pero estuve pensando... Quizá no debiste matarlos a todos. Al niño... Fuiste cruel.

-¡Ya está hecho! En cuanto hagas los veintiún años y dejen de vigilarte lo vendemos todo y nos largamos, -me dijo acariciándome antes de besarme en la boca-. ¡Cuánto lo he echado de menos! ¡Qué larga espera!

FRANCISCA GONZÁLEZ VICENTE

REQUIEM

Estoy detrás de él y sólo veo su cara. Su mirada, mezcla de desesperanza, angustia y terror. El revólver que reposa encima de su mesa hace presagiar su fin, mi derrota. Siente que es su única oportunidad. Esta vez ya no tiene tanto miedo. Sólo rabia y odio. El alcohol le da fuerzas. Toma el arma. Deja la carta de despedida. Apenas tres folios que contienen una vida y sus miserias. Quita el seguro, amartilla el percutor y la enfrenta a su pecho. No hay minuto final. Su vida no pasa por delante. Tampoco se divisa ningún túnel de luz blanca al final del cañón. Debí hacer más por ayudarle no supe. Las órdenes son las órdenes y el destino manda. Coge aire. Aprieta el gatillo y apenas le da tiempo para susurrar un adiós. En la habitación todavía siento la impotencia, la rabia y la desesperación de su alma. En señal de duelo, de solidaridad con un camarada, arranco mis alas y las pongo a sus pies. Era un tipo sin fortuna. Era un hombre con honor. La muerte desde la ventana me observa y sonrío. La miró con la derrota en los ojos.

- Para ser un ángel custodio te aseguraste muy bien de que no fallara el tiro - me espeta.

-¿Acaso soy perfecto? -respondo.

-¿Esperabas que él lo fuera? -rebate con sarcasmo. Mira al difunto,

-Acostúmbrate -afirma sin pasión.

Ella y yo conocemos la verdad: no será el último. La parca hace su trabajo. Recoge su parte del negocio.

-¿Dónde lo llevarás ahora?

-¿Por qué preguntas algo que ya sabes? Cuando se dirige a mí su gesto y el tono de su voz delatan un ser que no conoce lo que es la vida, lo que es amarla y sufrirla. ¿O tal vez sí?

-Merece un respeto -es lo único que acierto a decir.

-Tranquilo, no será nada peor de lo que lo has hecho tú. El trabajo sucio ya está acabado. Suenan campanas en una iglesia cercana. Ríe.

-Dicen que es la señal de que un ángel gana sus alas

-Vete al infierno -mascullo.

Vuelve a reír.

-Pasaré de camino

Fracasado y humillado la veo partir. Lleva los despojos de lo que un día fue un hombre. Alguien al que yo debí proteger. A quien vi nacer, malvivir y morir. Que Dios lo tenga en su gloria. Bob Dylan escribió que la respuesta está en el viento. Antes de irme echo una última mirada. Veo el cadáver y la sangre derramada. A veces pienso que ni Dios sabe donde está esa maldita respuesta. Me temo que en el casino donde pasa sus ratos, sí juega a los dados y, ya se sabe, la banca siempre gana.

JOAQUÍN VISCASILLAS BALLARÍN

LA CASA DE CAMPO

La casa de campo parece abandonada. Hace mucho tiempo que nadie va por allí. En esta tarde de verano, un coche para delante de la fachada principal y de él baja un hombre de 34 años. Parece inquieto, se dirige directamente a la entrada sin fijarse en el abandonado jardín. Su mirada se concentra en la cerradura que parece atraerle como un imán. Entra en la casa y recorre las distintas habitaciones.

Empieza a sentir una nostalgia que no le deja respirar.

En esta casa vivió los mejores veranos de su vida. Bulliciosos y felices como no ha vuelto a vivir. Era como un mundo aparte, disfrutaban de la mañana a la noche sin otro propósito que no fuera el de divertirse. Multitud de recuerdos se agolpan en su mente. Los paseos en bici, las comidas familiares en la gran cocina-comedor, los baños en el río con sus padres y sus tres hermanos: Ana; Miguel y Alberto el pequeño.

Al recordar a Alberto, Eloy siente una punzada en el pecho. Después de veinte años, es la primera vez que se ha decidido a volver a la casa de campo.

Sube al segundo piso y coloca sus cosas en la misma habitación que utilizó de pequeño. Después bajará a la cocina para prepararse la cena, tomará una ensalada y algo de fruta.

Necesita lavar los ingredientes y en la casa no hay agua corriente. ¡Lo había olvidado! Cuando vivían allí sacaban agua del pozo del jardín. ¡Dios mío, el pozo! Eloy se desploma en una silla y recuerda una vez más aquel fatídico 14 de Julio de veinte años atrás. Volvían todos los hermanos de un paseo en bici y cuando llegaron a la casa venían todos muertos de sed.

Alberto insistió en sacar el agua del pozo, ya tenía 9 años y era perfectamente capaz.

Eloy después de tanto tiempo, todavía recuerda el grito de su hermano pequeño, la familia saliendo corriendo al jardín y acercándose llenos de angustia al pozo, el cuerpecito de Alberto flotando boca abajo en el agua.

Fue una tragedia horrible. La familia cerró la casa y nunca más volvieron allí.

Eloy se levanta de la silla, las piernas le pesan como el plomo, pero tiene que sobreponerse, camina lentamente hasta el pozo y saca un cubo de agua. De pronto se fija en la pequeña botella que flota en el cubo. La abre y saca el papel que hay dentro. Lee el mensaje, aunque su pensamiento se adelanta unos segundos a cada palabra: Este es un mundo como otro cualquiera. Una vez más sus ojos se llenan de lágrimas.

M^a CARMEN DOMÍNGUEZ LANGA

UNA NOCHE DE INSOMNIO

Aquella noche, Florencio, durmió mal. En su inquietud, unas veces sentía frío y se arrebujaba en el edredón, y en otras, sin embargo, el calor le hacía desarroparse sintiendo una nerviosa sensación de malestar. Intentó hallar la causa de su desazón y lo atribuyó al estrés. O quizás el corazón estaba a punto de jugarle otra mala pasada. Hacía dos años que se había sometido a una delicada operación y le pusieron un by-pass después de haber sido víctima de un ataque cardíaco. Pero de aquello sólo quedaban la cicatriz del pecho y la larga de la pierna para extraerle la vena safena.

Se palpó el pecho repetidamente, pero pensó que aquel estado de agitación no correspondía a ningún problema físico, era más bien de tipo psíquico, era algo que no había sentido nunca. Algo inusual bullía en su cabeza produciéndole aquel desagradable estado de agitación.

Marina, su esposa, notó sus movimientos y le preguntó:

-Florencio, ¿qué te ocurre?

-No lo sé, mujer, pero no puedo dormir. Creo que es ansiedad.

-Procura serenarte e inténtalo. Si quieres te traigo una aspirina.

Las palabras tranquilizadoras de su esposa surtieron efecto y, pasados unos minutos, se quedó adormilado. Entre el sueño y la vigilia, cuando se aclaran los conceptos y la memoria se hace más nítida, Florencio recapituló sobre su vida. Es frecuente que en ese estado se recuerde el pasado lejano con más claridad que el pasado presente. Recordó su niñez allá en el pueblo, se vio de nuevo jugando con Marquesa, su perra, recordó aquellas lluviosas mañanas de primavera cuando su padre picaba la dalla en el portal, la onomatopeya del golpear el martillo sobre el pequeño yunque clavado en el suelo, las andanzas con sus amigos por el campo buscando nidos de picaraza, cuyos huevos presentaban en la Hermandad de ganaderos para que, a cambio, les dieran alguna pesetilla que después gastaban en chucherías.

Evocó sus años de monaguillo, los rosarios de la aurora a los que su madre le obligaba a asistir, su primera comunión y a D. Jerónimo, el maestro, al que tenía un cariño especial. Recordó sus estudios en el instituto de la ciudad, sus primeras oposiciones y la marcha a la gran ciudad; cómo hubo de aprenderse las líneas del metro, su trabajo y a sus compañeros en el ministerio; sus primeros escauceos amorosos y el día que conoció a Marina, con quien se casó tres años después, la alegría del nacimiento de sus tres hijos, sus respectivas bodas y el nacimiento de su primer nieto. Mientras repasaba toda su vida, Florencio se quedó profundamente dormido. Durmió plácida y profundamente, con una respiración regular y pausada, con la satisfacción que le producía la rectitud de su pasado. Cuando despertó y miró el reloj, sintió un sobresalto que le hizo sentarse en la cama.

-¡Marina -gritó-, no ha sonado el despertador!. ¡Son las diez y yo debería haber estado en el ministerio a las ocho!-Tranquilo, Florencio- respondió su esposa desde la cocina-, recuerda que hoy es tu primer día de jubilado.

PEDRO FEBREL VALTUEÑA

LA HUELLA

Desde la superficie del lienzo, la huella de un beso narra esta historia fantástica.

Mira el cuadro; fascinada por la grandeza de la obra, se siente atraída por el autor que ha realizado semejante maravilla. Busca sin éxito su firma.

Vuelve a contemplarlo. Su corazón tiembla de amor y una fuerza irreal la lleva al centro de aquella tormenta infernal que hace vibrar la pintura.

Corre despavorida bajo la lluvia a refugiarse en el hueco de un árbol milenario que vislumbra al fondo de un sendero, tiene que hacer un gran esfuerzo para caminar entre barro y maleza.

Desde su refugio puede ver grandes nubarrones bajo un cielo plomizo que proyectan una oscuridad tenebrosa, las fuerzas de la naturaleza desatadas envistiendo con furor aquel profundo bosque. Los rayos se suceden, los truenos parecen retumbar en sus oídos.

Entre aquel caos alucinante, los relámpagos iluminan espacios del valle.

Aves insólitas vuelan en desconcierto entre árboles misteriosos que las golpeaban con sus ramas abatiéndolas por el terrible viento.

Acurrucada y aterida mira el panorama rocambolesco en el que, a pesar de la desolación y crudeza del paisaje, el pintor ha puesto gran belleza y dulzura en cada trazo de su pincel.

Como por arte magia una luz intensa ilumina un camino y aparece él, con su capa al viento, altivo y hermoso como un Dios griego.

Sorprendida sale a su encuentro, lo había imaginado diferente, algo maltrecho y desarrapado, solo sus ojos son como esperaba, ardientes y con una fuerza y ternura inmensa

La estrecha en sus brazos y, en volandas, entre nubes, la eleva a un lugar de ensueño, arropándola contra su pecho, el frío la humedad y angustia se vuelven fuego de pasión, fundida en su cuerpo vive la más hermosa aventura de amor jamás contada.

En el museo están a punto de cerrar, ella continúa allí, ajena a todo, abrazada a su propio pecho.

Vuelve a la realidad, parpadea varias veces, se aproxima y pone sus labios sobre el lienzo del cuadro que, al separarse resplandece como una Diosa.

Admira de nuevo la grandiosa pintura y se aleja lentamente envuelta en un manto de fantasía.

NIEVES DÍAZ BUSTAMANTE

ATARDECER EN EL PARQUE

Una de las cosas que más me gusta en otoño es pasear al atardecer por un parque. A esa hora, con los rayos de sol cayendo sobre los ocres rojizos de las hojas, lo encuentro semejante a una seductora y mágica joya.

Ayer, embargada por la serenidad que se respiraba, me senté en el todavía mullido césped y dentro de un estado de relajada indolencia me dispuse a absorber los últimos resoles de la tarde.

Había gente paseando, niños correteando, ancianos conversando... un poco más lejos pasó un grupo de personas con sus perros.

En un espacio circular dos niños y una niña patinan. Parecen todos de la misma edad pero ella, aún conservando sus formas infantiles, les sobrepasa casi en un palmo de estatura. Tiene el pelo muy rubio y las mejillas, fuertemente coloreadas, destacan sobre el resto de una cara muy blanca. Perezosamente sigo con la vista su constante ir y venir en persecución de sus compañeros, más ágiles en sus fintas, a los que no consigue alcanzar.

De improviso la niña patinadora se paró en seco y abrió tanto la boca que su cara desapareció detrás. Con gran rapidez lanzó una especie de liana larga y flexible que se enrolló sobre los niños y los atrajo hacia ella. Luego desaparecieron. Literalmente los engulló.

Llena de estupor observé como continuaba impertérrita con sus cabriolas y molinetes. Uno de los ancianos quedó entre ella y mi punto de mira. Con el brazo apuntando hacia la niña arqueó las cejas en un gesto que interpreté de interrogación. Asentí con la cabeza mientras seguía fascinada los movimientos de aquella mezcla de camaleón y anaconda hasta que su figura se transformó en un reflejo irisado.

Poco a poco el parque se había ido apagando y, aunque por un instante el último rayo de sol lo envolvió como una llamarada, enseguida él y yo nos hundimos en la soledad y las sombras.

M^a PILAR LATORRE ARILLA

¿DONDE HAS DEJADO LAS TIJERAS?

¡Pero cuántas veces te he dicho que dejes las cosas en su sitio! .Yo siempre recogiendo, ordenando y tú no haces más que dejarlo todo donde te viene en gana. Sin ningún miramiento ¡jala! aquí me viene.. aquí lo dejo. Y yo, como una esclava detrás de ti guardando tu ropa.. que si no lo hiciera te haría montañas en la silla. ¡Y los calcetines!.. .mira que te compré media docena el mes pasado...pero, ¡aunque tuvieras un ciento!.. .los vas acumulando en ese nido de víboras que tienes ahí, debajo del ordenador y no hay manera de que los echas a lavar. ¡Pero, dónde habrá dejado este hijo las tijeras! precisamente ahora, con la prisa que tengo. Pues nada, si quieres te coses tú el pantalón ¡para que aprendas! O si no, vas como un pordiosero por la calle que si a ti no te da vergüenza.. .pues ¡jala! a vivir que son dos días. Luego vendrás a rogarme "Anda mamá, sé buena, cósemelos que me los quiero poner esta noche con los colegas, para ir de marcha..." Y yo, claro, como una tonta ¡jala! Corre que te corre a cosértelos el sábado por la tarde. Pero, es la última vez ¡eh!, ¡a mí no me toreas! Éste fin de semana te pones los que tengas en el armario.. Limpios o sucios. Además, éste mes me tienes contenta con las notas que has sacado... ¡cinco suspensos!... ¡Si no estudias en condiciones como vas a sacar! Y luego, me dice la profesora que no paras en el colegio, que despistas a los compañeros, que muchos días no vas a clase...

¡Que no va a clase.. Dios mío! pero, ¿dónde se meterá?... ¿Qué hará, todo el día por ahí vagueando?... ¡O algo peor!... ¡Tres días!... ¡Tres días sin saber nada de él! No quiero pensar en lo peor. ¡Ni una llamada de teléfono!.. .-¿tan mala madre soy?- con lo poco que cuesta coger el móvil y hacer una llamadita sólo para dejarme tranquila. ¡Claro, no se acuerda de mí más que cuando lo necesita! Viene a casa, como al hotel a comer y a dormir... ¡o no viene! ...como ahora... ¡tres días! ¿Le habrá pasado algo?... ¡Voy a llamar a los hospitales!... ¡no, mejor espero!...o a la policía... ¡no, que volverá!...siempre vuelve...

El portero automático sonó como una apisonadora en el silencio de la noche.

Maria se levantó como un resorte y corrió hacia la puerta de la casa. Preguntó varias veces ¿eres tú Juanjo? pero no hubo respuesta.

Caminó por el pasillo descalza y como una autómatas regresó a la desolación de su cuarto. Su cara delataba unas ojeras que surcaban las pálidas estrías de la angustia.

Cuando, por fin, su cuerpo le dejó desparramarse en el llanto, escuchó a lo lejos, en cacofonía como la llave de la puerta restallaba en sus agotados oídos, dejándole ingenuamente, una diminuta oportunidad al alivio.

ANA ARTACHO FERNÁNDEZ

El albatro aventurero

Soy un albatro aventurero y soñador y un buen día levanté el vuelo en busca de nueva casa. Pero antes me gustaría presentarme porque vosotros, que vivís en esta tierra, no estáis acostumbrados a ver a los de mi especie.

Soy un ave marina, longeva, de buen tamaño y grises tonalidades (os contaré un secreto: mi padre vivió casi ochenta años y mi madre me crió con más de cuarenta). Poseo alas largas y estrechas, especialmente aptas para el vuelo planeado, pero inadecuadas para el despegue y el aterrizaje. Estas alas tan estupendas me sirven para buscar mi alimento, los peces. Cuando escasean también como desperdicios de los barcos. Únicamente me acerco a tierra para anidar. Ahora que ya me conocéis un poco mejor sigo con mi aventura.

Vivía en una playa muy concurrida, sobre todo en verano. El cuidado de mis crías y conseguir nuevos pichones me cuesta mucho, como a los de mi especie. Así que era un poco complicado habitar aquel lugar entre tanto ruido y bastante suciedad. Además cada vez nos dejan menos espacio libre para poder vivir. Esto me ponía triste y pesaroso, así que decidí buscar un lugar mejor.

Empecé a volar y volar, oteando paisajes y pueblos; y, cuando ya empezaba a sentirme cansado, divisé de pronto un Gran Río con unas estupendas riberas. Encontré todo tipo de árboles y un montón de pajarillos muy alegres y juguetones que se bañaban en ese Gran Río. Me posé en una roca y, aunque no los conocía, la compartí con otros albatros que moraban allí desde hacía un tiempo.

Mientras mis ya amigos me contaban cómo era aquel paraje descubrí un grupo de mujeres que atendían las explicaciones de un muchacho joven que les iba informando de toda la riqueza de la ribera del río, con esos árboles autóctonos tan importantes como el chopo, el olmo, el sauce... También cañas, carrizos, juncos que soportan de maravilla las grandes avenidas del agua y son refugio de muchas aves. ¡Con qué interés atendían! ¡Ah, las curiosas también nos descubrieron y armaron una cierta algarabía!...

Aunque me sentía feliz, la realidad me despertó: me di cuenta de que estaba muerto de hambre. Allí tenía a mi alcance un bonito río y ¡oh, sorpresa! variados peces, todos exquisitos. Como os podéis imaginar, me di un gran banquete y después de bien comido empecé a filosofar. ¿Por qué no trasladar aquí a mi familia...?

Dicho y hecho. Cuando descansé y tomé fuerzas de nuevo, regresé en busca de toda la familia, lleno de contento, para comunicarles mi gran descubrimiento. ¡Y aquí estamos! Somos ya una colonia de ocho albatros y estamos muy felices.

Os invito a que nos visitéis en nuestro nuevo emplazamiento, cerca de la desembocadura del río Huerva, junto al Gran Ebro. Nos gusta mucho ver gente que no perturbe nuestras vidas y que respete la naturaleza. Si os acercáis hasta aquí, os prometo un concierto de graznidos y una demostración de artes voladoras.

M^a ISABEL PARICIO TORRUBIA

SONATA

Primer movimiento

Yo siempre tuve miedo. Cuando era pequeño, no podía soportar aquel sonido que arrancaba del cuarto pequeño, y se metía por las entrañas de las paredes de mi casa al compás del sonido del agua que golpeaba los cristales en aquella habitación, y que se introducía por mi pequeño cuerpo ingenuo. No lo soportaba.

Segundo movimiento

El busca me despertó. Su sonido estridente escupía en el display: "Accidente mortal. Hay heridos graves". La angustia de las noticias y de las decisiones tomadas bailaban encima de mi cabeza. Repasé una y otra vez las ordenes dadas para que aquel viaje no tuviera ningún error: Dos conductores era lo normal en aquel trayecto. El autobús estaba impecable, y el riesgo era el normal.

Cuando sonó el aviso, las siete de la mañana repiqueteaban en las campanas cercanas de la iglesia.

El autobús había volcado con cincuenta pasajeros. El golpe fue fatídico. Muchos heridos, pero... ¡dos muertos! La llegada al hospital iba a ser vital. ¿Qué me iba a encontrar allí? Madres y padres desgarrados. Buitres buscando culpables, imágenes incontables y sensaciones baldías que no podían llenar de nada aquellas vidas.

La tarde cayó en aquel hospital como una losa. El cielo lloró. No sé si por los muertos, por los heridos o por mi angustia.

La noche se echó encima. El regreso fue duro...

Tercer movimiento

Tu expresión era estridente y revulsiva. Odiaba tu color negro. Nunca me adapté a ti. Desde que había pasado lo de Alfredo, tu sonido me revolvía el cuerpo. Fue una manía que se convirtió en fobia.

Nunca me sorprendiste con asuntos agradables. Siempre escupías por tu cuerpo exabruptos y mensajes lacónicos. Para ti no existían las buenas noticias. Tu chirrido estaba envuelto en el miedo. Tu atmósfera pesimista siempre invadía aquella habitación. Tu cuerpo inerte solo recobraba vida para conectarme con el sufrimiento y la desgracia. ¡Cuántas veces añoré que me dieras una noticia agradable! ¡Qué me hicieras feliz por un momento! Aquella madrugada fue cuando te empecé a odiar. Nunca creí que llegaría ese momento. Ni hasta esta situación. Simplemente te tenía mucho aprecio, porque consideraba que eras un buen invento. ¡En un tiempo estuvimos tan unidos que formamos una buena pina!

Cuarto movimiento

El aparato sonó y al descolgarlo escupió.

— ¡Fernando. Luís ha tenido un accidente. El coche ha volcado!

Una vez más tenías que ser tú: el puto teléfono.

AGUSTÍN VÁZQUEZ CARUNCHO

PARAPAPEL

Comienza el día una vez más. Son las ocho y media, y la campana del colegio me despierta de pronto.

Me llamo Parapapel y soy de color marrón. De mi físico no me gusta hablar mucho, pues mi figura deja que desear. Me he puesto muchas veces a dieta, pero es inútil, estoy gorda como una ballena. Y mi otra característica es la gran boca que tengo y que almacena todo lo que me echen.

Dentro de poco van a empezar a entrar y tengo que procurar acercarme todo lo posible a la pared, pues van a llegar y me darán patadas. Me encontraré rodando por el suelo y eso no puedo consentirlo ya que apenas hace unas horas, las señoras de la limpieza me han dejado aseada y fresca como una rosa.

Estoy en la clase seis, junto a la columna, y los muy mal educados no dicen ni buenos días. Lo único que hacen es tirarme el chicle que luego necesito Dios y ayuda para despegarme. Gracias al cielo ya están todos sentaditos y, por desgracia, sin callarse. Además, hablan de todo. ¡Me entero de cada cosa!: "Que si el padre de fulanita no le deja salir por tener malas notas", "que si el novio de la otra le ha engañado con su mejor amiga", "que si esta tarde iba a salir con la chica que conoció en la discoteca"...

Bueno, no te puedes ni imaginar con la jaqueca que salgo yo todos los días. Hablan de todo y de cualquier cosa que se les pase por la cabeza. ¡Uy! ¡Cuidado! Entra el profesor y todos callados como si fueran angelitos, pero si yo le contara...

Pobres personas, los profesores, les ponen verdes a diario y sus motes son de lo más ingenioso, aunque he de decir que, algunas veces, yo también les diría algún que otro piropo.

Ya ha comenzado la clase y ahora están pasando lista. Me he dado cuenta que la chica de la fila tercera se ha cambiado el pelo. ¡Qué mona está la muchacha!. El profesor comienza la explicación y qué pesado es el pobre! Toda la hora hablando: chu, chu, chu, chu... No me entero de nada pero, si me dejaran a mí hablar, diría cuatro cosas sobre la limpieza y la higiene, pero no puede ser porque Dios me ha hecho como soy: así seguiré y ya nunca cambiaré. Además, ¿dónde se ha visto que una papelera se ponga a hablar? Por lo menos, existe la imaginación...

GOYA COTOLI BELTRÁN

LA SOLEDAD DE SOLEDAD

Fue como una premonición: al bautizarla le pusieron de nombre Soledad, y siempre estuvo sola. A su paso la gente la miraba con indiferencia, ni una sonrisa, ni un saludo, todo el mundo pasaba de ella.

Arrastraba su soledad desde la infancia. Al ser abandonada por sus padres, alcohólicos, fue a un centro de acogida de menores en el que siguió sintiéndose sola. Los demás niños la miraban con recelo, y no le hacían partícipe de sus juegos; quizá les repugnaba, sus heridas, unas costras que llevaba en su cara, consecuencia de los malos tratos, y que se resistían a cicatrizar. Hacía intentos por aproximarse a ellos, pero *era* rechazada instintivamente. Sufrió lo indecible hasta que por fin aprendió a vivir en soledad.

Se inventó un mundo nuevo de ensueños, y lo vivía como si fuese real. Aprendió a pintar, y sus cuadros los colgaba en el espacio de su cabecera, pintaba mares azules, ríos azules, pájaros y flores multicolores; su obsesión *era* dibujar en todos ellos una niña con la cara deformada. Se pasaba largas horas ante ellos, contemplándolos y hablándoles. Los otros niños creían que estaba loca, pero poco a poco se fueron acercando guiados por la curiosidad, no entendían por qué hablaba con sus pinturas y, aunque le preguntaban una y otra vez, nunca les quería explicar los motivos. Para entonces, Soledad ya había aprendido a vivir en soledad; y siguió siempre así. Se bastaba a sí misma para ser feliz (mientras no me falte la imaginación, se decía, no estaré sola, y agregaba: me acompaño a mi misma).

Aprendió, con sus pinturas, a apreciar los paisajes: a contemplar, a través de su ventana, las estrellas en las noches de verano, a escuchar los trinos de los pájaros, el sonido de las olas del mar y el de los ríos, que tanto le gustaba dibujar. También aprendió a disfrutar del aroma de las flores, a extasiarse con la música de la capilla del centro y gozar con la lectura de los libros.

Hoy todavía sigue sola, en su cara y sus manos quedan las marcas de las viejas heridas; pero ella... las ignora.

M^a CARMEN FUERTES BRUSA

UNA PEQUEÑA HISTORIA

Esto pasó un mes de abril de 1958.

Recién desembarcados de Sidi_Ifni, con la paga y atrasos devengados, pensábamos pasarnos una buena juerga de las que hacen época. Ocurrió lo siguiente: un grupo de soldados salimos del acuartelamiento del Cuartel de Artillería, situado junto al Barrio Alto de la Isleta, y bajábamos hacia Las Palmas. Teníamos que cruzar dicho barrio que está a medio camino entre el cuartel y la ciudad. ¿Por qué tuvimos que pasar en aquel momento por esa calle? Creo que nadie lo sabe. El caso es que vimos llorar a una niña en la puerta de un chamizo. El idiota del grupo le preguntó por qué lloraba y la niña nos dijo que sus padres no tenían dinero para hacer su primera comunión. Aquellos soldados que nos creíamos unos tíos duros, que cuando no estábamos patrullando en el desierto nos pegábamos..., nos miramos unos a otros y uno puso una boina en el suelo y la paga de todo el grupo fue a parar a la boina. Con permiso de sus padres cogimos a la niña y nos fuimos hacia las Palmas. Compramos el vestido, zapatos, diadema y lo que le hizo falta.

Pero esta historia no termina así de bien. Con todo el ajetreo, idas y venidas, llegamos tarde, al cuartel, a pasar lista. Nos metieron dos meses en el pelotón de castigo que consistía en suspensión de las pagas, corte de pelo al cero, ¼ de litro de agua al día y trabajos forzados.

Como veréis no todas las historias terminan bien como en el cine.

Podría seguir contando cosas, pero son tristes y no vale la pena. Es mejor recordar los buenos ratos de la vida.

EMILIO MADRUGA

EL RETORNO DE LA PRIMAVERA

De un tiempo a esta parte, los días para ella eran monótonos y de un color gris apagado.

Aquella mañana, Elena se despertó con una sensación nueva. El sol penetraba a través de los cristales de la ventana hasta el fondo de su habitación; se respiraba alegría en el ambiente.

Presentía que algo estaba cambiando; el corazón le latía más fuerte que de costumbre y notaba la adrenalina correr a raudales en su interior; el anhelo le invadía por dentro. Una inexplicable sensación despertaba todos sus sentidos.

Se aproximó a la ventana y la abrió de par en par. Parecía mentira, pero a pesar de la polución reinante en la ciudad, esa mañana olía a hierba recién cortada.

En el árbol de abajo, resurgían mágicamente cientos de hojas; Elena percibía la euforia en su ramaje, como si su savia también estuviese desbordada. Los pájaros cantaban y revoloteaban sobre las ramas dibujando con sonidos sinfonías llenas de ilusión. ¡Que maravillosa sensación!

Observaba con asombro cómo en las jardineras surgían joviales e intrépidas numerosas flores de innumerables colores; la tierra parecía respirar y palpitar al unísono contagiada por el colorido.

Elena respiró profundamente para impregnarse del ambiente, y exclamó: ¡huele a hierba recién cortada!

Cerró los ojos por un momento. El perfume le evocaba paisajes vividos a los que, una y otra vez, solía regresar.

Hasta la ciudad, esa que cada día le aprisiona el espíritu y no le deja respirar, parecía tener otra gama de colores y un aroma especial.

Por fin, sin apenas darse cuenta, el gris del invierno de nuevo se desvanecía en silencio dando paso al color y a la luz.

Un año más, la siempre deseada primavera había retornado con olor a hierba recién cortada.

M^a PILAR ALPERTE FERRANDO

EL ELEGIDO

Tendido en el sofá de la peña, en plena borrachera de primer día de fiestas, Jacinto Buendía tuvo una revelación. Una fuerza invadió todo su ser despejándole al momento. De repente, tenía todos sus sentidos, a tope... pero sin concretar nada. Veía, mejor que el telescopio Hubble... pero todo era luz blanca. Era capaz de sentir en su piel todas las texturas del mundo... pero flotaba desnudo. Hubiera podido... escuchar el primer suspiro de amor, de una mocita en Siberia, -teniendo en cuenta que él estaba en Cariñena...- pero no, no escuchó la voz de trueno como un Saulo cualquiera..., el mensaje le llegó por inmersión. Todo su ser recibió la orden al mismo tiempo: **"Cuídate Jacinto, estás destinado a cumplir una misión que beneficiará a la humanidad"** Ya está. Sin más pistas. Sin opción a preguntas, dudas o negativas. Jacinto cayó sobre el sofá como si volviera de un viaje astral. ¡Pomba! La realidad le invadió en forma de olor a cerveza, pis y fumaca.

Por supuesto que todos pasaron del rollo que soltaba un crío de 16 años, flaco, con acné... y que su mayor contribución al grupo, era tener una tía en una ONG, gracias a la cual pillaban de vez en cuando un buen paquete de condones por la cara..

Jacinto empezó a investigar cómo se ganaban la vida los super héroes. Los de ficción y los de carne y hueso. Lo tenía crudo. Con su nivel de suspensos, sólo podía aspirar... a entrar en el ejército. Y eso se encargó muy bien su madre de quitárselo de la cabeza. Así que, consciente de su responsabilidad con el mundo entero, y sin ninguna otra revelación que le indicara como tenía que prepararse... dejó de fumar, sacó el diploma de fontanero en el INAEM, y se compró una moto de segunda mano.

Un buen día, ya en Zaragoza, conducía cuidadoso por la vía Hispanidad, cuando una mujer con un cochecito de niño, irrumpió en la calzada por su derecha, fuera del paso de peatones. Si seguía recto, se llevaba el cochecito por delante. En ese momento volvió a sentirse invadido por la fuerza que le dijo " Ha llegado el momento para el cual has nacido" Y ya está. Nada más. Jacinto en una fracción de segundo tenía que saber que es lo que se esperaba de él. Lógicamente, que salvara la vida del bebé, pues tendría maldita la gracia que la mujer llevara en el cochecito la compra del Carrefour... y cuando estaba en trance, ni visión de rayos X ni nada, dio un giro brusco hacia su izquierda, evitando el atropello y metiéndose directamente bajo un autobús de Tuzsa lleno de trabajadores y estudiantes, pues era hora punta. Mientras sentía el peso de sus conciudadanos aplastándole contra el asfalto, oyó la voz de su difunto abuelo "Las cagau".

Al día siguiente, los medios de comunicación, se llenaron de entrevistas con todos los que en algún momento, cruzaron su vida con la de Jacinto, el héroe. Según los testigos, había dado su vida, por salvar la del pequeño Eduardo Escuden.

Ahora, Jacinto ya sabía que Eduardo Escuden sería el mayor asesino en serie de todos los tiempos. En la tumba de Jacinto, nunca faltan flores.

Moraleja: Si quieres algo bien hecho, hazlo tu mismo... y déjate de mensajitos.

Ma JESÚS SANJUÁN GARCÍA

UN VIAJE AVENTURADO

Pasadas las navidades, mis padres, que habían estado con nosotros, decidieron volver de nuevo al pueblo.

Uno de mis hermanos se encargó de llevarlos a la estación de tren. Como tenía algo de prisa los dejó en el vestíbulo y se marchó. Eran las seis de la tarde, en algo más de una hora estarían de nuevo en su casa.

A las nueve de la noche sonó el teléfono. Mi hermana, que reside con ellos preguntaba

- "¿Qué pasa con los papas? He ido a buscarlos a la estación y no han llegado."

- "¿Qué no han llegado?" - le pregunté.

¿Cómo es posible si José les había dejado en la estación a punto de coger el tren? ¿Dónde estaban? ¿Qué había pasado?

El tren había llegado a su hora y ellos no habían bajado. Empezamos a ponernos nerviosos y decidimos llamar a la policía, hospitales, RENFE... nadie nos daba noticias ni explicaciones, ni sabían de ningún tipo de accidente. Pero ¿dónde se habían metido dos personas mayores en una noche helada de invierno? Ni siquiera sabíamos si habían tomado el tren.

Sí, nuestros padres habían tomado el tren esa tarde. Un poco antes de llegar a su destino, hay un apeadero en el cruce de varios caminos. Confundidos por la intensa niebla que en esos momentos cubría el paisaje se bajaron del tren creyendo haber llegado a su pueblo. Apenas se apearon se dieron cuenta del error, pero ¿qué hacían entonces? Se encontraban solos en medio de la nada, sin posibilidad de comunicarse con nadie. Con un frío intensísimo no se atrevían a pasar la noche a la intemperie, así que decidieron emprender la marcha caminando paralelos a la vía. Tuvieron que atravesar un túnel interminable, extremando las precauciones. ¿Qué ocurriría si justo en ese momento pasaba un tren mientras ellos continuaban dentro del túnel? No tuvieron tiempo de contestar a la pregunta pues en ese momento escucharon a lo lejos el sonido de un tren que se acercaba. Instintivamente se tumbaron en el suelo pegados a la pared del túnel. Así pasaron unos segundos interminables, rezando para que la velocidad del tren no absorbiera sus cuerpos y los arrastrara a un destino fatal.

Cuando el tren se alejó se levantaron asustados y temblorosos pero ilesos. Recorrieron lo que quedaba del túnel y tras atravesarlo, lograron salir a una carretera secundaria apenas transitada. Después de más de una hora de caminata pasó un coche que los recogió; ateridos de frío y de miedo, y tiznados de carbonilla se presentaron en su casa como venidos del infierno. Por fin había terminado su aventura.

M^a JESÚS RUBIO ORTÍN

EL ENCUENTRO

El tren arranca lentamente y yo me dispuse a buscar sitio en el compartimiento: al final del vagón encontré un lugar, estaba ocupado por un viejito de barba blanca que me miraba con unos ojos penetrantes pero muy dulces, "Buenos días" dije, "lo son" me contestó; tome asiento y me dispuse a leer un libro.

No podía concentrarme en la lectura, miraba al viejito con insistencia, me parecía que lo conocía, ¿dónde lo había visto antes? Mi cabeza era un caos dándole vueltas.

Observe por la ventanilla al sol, color púrpura, que parecía desparramarse sobre el mar con unos cirros altos que resplandecían sobre él.

Al mirar el vagón me di cuenta que el viejito había desaparecido. En su lugar había una cajita. La recogí y la guardé pensando encontrarlo y devolvérsela.

Me dirigí al restaurante a fin de tomarme un café pensando en lo ocurrido horas antes de coger el tren, mí bronca con Javier, las cosas que nos habíamos dicho y lo que nos echamos en cara, ya no habría boda, todo se había estropeado, ¿era por mi culpa? ¿Era por la de él? El caso es que en Nochebuena no estaríamos juntos, me dolía intensamente pero no podía llorar.

A! bajar del tren, todo estaba iluminado, lleno de color, pero yo estaba triste, me dispuse a coger un taxi, en el camino me di cuenta de que en el bolsillo llevaba la cajita. Dudaba en abrirla, pero la curiosidad apremiaba.

Por fin abrí la cajita. Había una alianza y una nota de Javier: me pedía perdón y me decía que me quería.

No podía imaginarlo pero, ¿cómo era posible? ¿Quién era aquel viejito? Al levantar la vista, lo vi, era él, me dijo "¿Ha sido un buen día eh?" Mis ojos se llenaron de lágrimas y solo pude decir "GRACIAS".

MANUELA ANSÓN GÓMEZ

LA VIDA CONTINÚA

Lucía el sol, pero el llanto y la desolación se apoderaban de ella. Lo había perdido todo, pensaba, ¡su marido la había abandonado!

Se encontraba sola para sacar adelante a su hijo, sin ser capaz siquiera de continuar por sí misma.

¡Qué derroche de energía necesitaba y qué poca le quedaba en esos momentos!

Tomó aire, respiró profundamente, hasta casi hacerle daño, levantó la mirada y, con los ojos turbios por las lágrimas, se recreó en el movimiento de las hojas de los álamos, trémulas, susurrantes, a merced de la suave brisa, pero que le transmitían tanta paz y tanto sosiego. El sol aparecía y desaparecía entre las rendijas del follaje, iluminando su cara de forma intermitente.

De improviso, se sintió afortunada, tenía un hijo que le animaba a continuar, había que verle crecer en cuerpo y en espíritu ¿qué madre podría perderse eso deliberadamente?

¡Estaba viva!, el sol con su calor se lo había recordado. De pronto fue consciente de que la vida continuaba y ella formaba parte de esa continuidad.

M^a VICTORIA GARCÉS PÉREZ

QUE LO QUE TENGAS QUE DECIR SEA MÁS VALIOSO QUE EL SILENCIO QUE VAS A ROMPER

BLA, BLA, BLA, no paro de hablar. Da igual de qué, el caso es hablar BLA, BLA, BLA, soy peor que el monstruo de las galletas BLA, BLA, BLA, hablo de cualquier tema, si algo no lo sé me lo invento y si alguien quiere quitarme protagonismo, cambio de tema, porqué YO soy quien lleva la voz cantante, BLA BLA BLA.

El otro día oigo a alguien decir que tenemos una boca y dos orejas, quien me mandaría a mi estar callada en ese momento y tener que escuchar esa tontería BLA, BLA, BLA, y aunque claro no puedo pararme a pensar porque si no dejaría de BLA, BLA, BLA, se me encendió la bombilla y le deje sin habla, le dije: que para decir esa mejor seria que yo tuviese dos bocas y ella cuatro orejas BLA, BLA, BLA.

Que no me digas que coja aire, porque si lo hago tengo que dejar de BLA, BLA, BLA, bueno te dejo que tengo que ir a hablar con BLA BLA, BLA. Me llamas, bueno, y si no ya te llamo yo, como de costumbre, BLA, BLA, BLA....

ROSA NAVARRO GRACIA

MUJER EN EL BAÑO

Acababa de separarme y me sentía feliz, ¿Cómo podía ser? Todo el mundo dice que es algo horrible, que las noches se pasan en vela, que la luna no se ve, que enfermas en el cristal...

Pero no, ni siquiera he llorado, no he guardado luto por mi amor fallecido. He llenado la bañera con agua templada, sales que guardaba de un regalo, aroma a jazmín, y unas bolitas de ricos aceites que paseaban a la deriva alrededor de mi cuerpo. Hacia tiempo que no lo veía tan hermoso, nunca lo había visto así: mis pechos se levantaban en la espuma, los hombros redondeados, mi sonrisa...Me sentí, como la mujer del cuadro de Roy Liechtenstein, ya no soy tan joven como ella, pero no importa. Así, relajada, tranquila, volveré a empezar.

Me pondré mis zapatillas rojas, bailare al compás de la risa, mirare otra mirada y con esta nueva piel, encenderé mil velas de colores hasta el amanecer.

FLOR MORENO MOTOS

ÍNDICE

<i>Suministros Poéticos</i>	7
<i>"¡Qué rico el abuelo!"</i>	9
<i>El timbre sonó de nuevo....</i>	11
<i>Qué larga espera</i>	13
<i>Requiem</i>	14
<i>La casa de campo</i>	15
<i>Una noche de insomnio</i>	16
<i>La huella</i>	17
<i>Atardecer en el parque</i>	18
<i>¿Donde has dejado las tijeras?</i>	19
<i>El albatro aventurero</i>	20
<i>Sonata</i>	21
<i>Parapapel</i>	22
<i>La soledad de Soledad</i>	23
<i>Una pequeña historia</i>	24
<i>El retorno de la primavera</i>	25
<i>El elegido</i>	26
<i>Un viaje aventurado</i>	27
<i>El encuentro</i>	28
<i>La vida continúa</i>	29
<i>Que lo que tengas que decir sea más valioso que el silencio que vas a romper</i>	30
<i>Mujer en el baño</i>	31

En este curso 2005-06 hemos convocado por primera vez el concurso de relatos "Lo bueno, si breve...". La Universidad Popular tiene el propósito de continuarlo en años sucesivos.

Fomentar la creación literaria y la afición a la lectura de todos nuestros alumnos es el principal objetivo de esta convocatoria.

Escribir es una práctica que desarrolla la imaginación y la sensibilidad. A escribir se aprende escribiendo y dejándonos llevar por nuestras emociones, vivencias y pensamientos. Se trata no sólo de escuchar la voz interior que todos llevamos, sino de plasmarla en una hoja de papel y, si es posible, verla impresa para que otras personas puedan compartir esta experiencia.

La participación ha sido elevada y la elección de los mejores relatos, dificultosa. Por el esfuerzo y autenticidad de los textos presentados todos merecerían ser publicados, pero las bases del concurso sólo autorizaban la edición de los seleccionados.

Felicitemos, desde aquí, a los finalistas premiados, damos las gracias a los restantes alumnos por su participación, y animamos a todos los demás a seguir escribiendo y concursando.

El Jurado

<i>D. Gerardo Alonso Ginoves</i>	<i>(Coordinador de Universidad Popular de Zaragoza)</i>
<i>D^a Brígida Artal Fandos</i>	<i>(Profesora de Universidad Popular de Zaragoza)</i>
<i>D. Pedro Gómez Cornejo</i>	<i>(Profesor de Universidad Popular de Zaragoza)</i>
<i>D^a Amalia Herrerías Guerrero</i>	<i>(Presidenta de la Asociación de Alumnos y Exalumnos de UPZ)</i>
<i>D^a Carmen Santos Sacristán</i>	<i>(Escritora)</i>
<i>D. Juan José Villalba Martín</i>	<i>(Delegado General de los participantes de UPZ)</i>

Esta publicación se terminó
de Imprimir en Zaragoza, en los Talleres Gráficos de Delaluz, S.L.
el mes de junio del año 2006